

estas circulares, que sólo eran una exhortación insignificante y no un mandato, pues el número y la independencia de los electores, sobre todo en un gobierno en que casi todos los cargos eran electivos, les ponían á cubierto de la influencia del Directorio.

Mientras que se trabajaba de este modo en las elecciones, se ocupaban en hacer la de un nuevo director. La cuestión se reducía á saber á quién de los cinco tocaría la suerte según la Constitución; pues si era á Barras, Rewbell ó Larevelliere-Lepéaux, quedaba segura la oposición, con el auxilio del nuevo tercio, de lograr un director de su agrado. Entonces esperaba tener la mayoría en el gobierno, y se lisonjeaba sobre manera porque en breve hubiera alejado á Carnot de Letourneur.

En el club de Clichy se trataba ruidosamente de la elección del nuevo director, proponiendo á Cochón y Barthelemy. Cochón había desmerecido algún tanto en la opinión de los contrarrevolucionarios desde que hizo prender á Brottier y sus cómplices, y especialmente desde sus circulares á los electores; así se prefería á Barthelemy, nuestro embajador en Suiza, á quien se creía secretamente ligado con los emigrados y el príncipe de Conde.

En medio de aquella agitación circulaban los más absurdos rumores. Decíase que el Directorio quería prender á los diputados nuevamente elegidos é impedir su reunión, y hasta se aseguraba que tratábase de asesinarlos. Sus amigos decían, al contrario, que se estaba preparando en Clichy su sumaria, y que se esperaba el nuevo tercio para presentarla en los Quinientos.

Sin embargo, mientras que los partidos se agitaban de esta manera, esperando un acontecimiento que debía alterar las mayorías y cambiar la dirección del gobierno de la república, se preparaba una nueva campaña, que según los presagios debería ser la última.

Las potencias se hallaban poco más ó menos tan divididas como el año anterior. Francia, en unión con España y Holanda, tenía que hacer frente á Inglaterra y Austria. Los sentimientos de la corte de España no eran ni podían ser favorables á los republicanos franceses, pero su política, dirigida por el príncipe de la Paz, les era enteramente favorable. Miraba su alianza como el medio más seguro de protección contra sus principios, y se lisonjeaba con razón de que no tratarían de encender en ella la revolución mientras fuese su poderosa auxiliar marítima. Por otra parte sentía un inveterado odio hacia Inglaterra, lisonjeándose de que todas las escuadras del continente le proporcionarían el medio de vengar sus injurias. El príncipe de la Paz, que veía unida su existencia á esta política y estaba seguro de que moriría con ella, empleaba todo su ascendiente con la reina para que triunfase de las opiniones de la familia real, y lo lograba perfectamente. Resultaba, sin embargo, de este estado de cosas, que los franceses vivían maltratados personalmente en España, mientras su gobierno obtenía de ella las mayores atenciones. Por desgracia, la legación francesa no se condujo con todo el miramiento debido á una potencia amiga, ni con la firmeza necesaria para proteger á los súbditos franceses. España, al unirse á Francia, había perdido la importante colonia de la Trinidad, y esperaba que si la Francia se libraba en aquel año de Austria y volvía

todas sus fuerzas contra Inglaterra, expiaría ésta todos sus adelantos. La reina se lisonjeaba especialmente de un ensanche en Italia para su yerno el duque de Parma. También se trataba de una empresa contra Portugal; y en aquel general trastorno de Estados la corte de Madrid no había perdido sus esperanzas de reunir bajo el mismo cetro toda la península.

Por lo respectivo á Holanda, su situación era bastante triste, pues se veía combatida por todas las pasiones á que da margen un cambio de constitución. Los hombres cuerdos que querían un gobierno en que se conciliase el antiguo sistema federativo con la unidad necesaria para dar fuerza á la república batava, tenían que luchar contra tres partidos igualmente poderosos. En primer lugar contra los orangistas en que iban comprendidas todas las hechuras del estatúder, los empleados y el populacho; luego contra los federalistas, todos de familias ricas y poderosas, que anhelaban la conservación del antiguo sistema, menos el Estatúderato, porque ofendía su orgullo; y finalmente contra los demócratas pronunciados, partido revoltoso, audaz, implacable y compuesto de imaginaciones acaloradas y de aventureros. Los tres partidos chocaban encarnizadamente y retardaban el establecimiento de la constitución del país. Además de estos obstáculos, Holanda recibía siempre una invasión de Prusia, á quien sólo reprimían las victorias de Francia. Veía entorpecido su comercio en el Norte por los ingleses y rusos é iba perdiendo todas sus colonias por la traición de la mayor parte de sus comandantes. El cabo de Buena Esperanza, Trinquemala y las Molucas se hallaban ya en poder de los ingleses. Las tropas francesas acampadas en Holanda para protegerla contra Prusia observaban la más laudable y rígida disciplina, pero las administraciones y los jefes militares no se portaban con delicadeza y probidad. De aquí podía deducirse que Holanda había hecho mal en unirse á Francia; mas esto sería un argumento infundado, pues que aquélla, situada entre dos ejércitos beligerantes, no podía librarse de la influencia de los vencedores.

Bajo el mando del estatúder vivía sujeta á Inglaterra y sacrificada á sus intereses, y además esclavizada interiormente. Al unirse con Francia corría las vicisitudes de esta potencia, más continental que marítima, y comprometía sus colonias; mas podía llegar un tiempo en que, gracias á la unión de las tres marinas del continente, recobrase lo que había perdido, y podía asimismo esperar una constitución razonable bajo la protección francesa.

Tal es la suerte de los Estados: si son fuertes, hacen por sí sus revoluciones, pero sufren todas sus consecuencias y se destruyen en su propia obra; si son débiles, ven á sus vecinos penetrar en ellos á mano armada para incendiarlos, y sufren todos los males que traen consigo los ejércitos extranjeros. No se degüellan, pero se ensañan con los soldados que recorren su suelo. Tal era el destino de Holanda y su situación respecto á nosotros. Ya se deja ver que en aquel estado no era útil al gobierno francés, pues su ejército y marina se reorganizaban muy lentamente, las rescricpciones batavas con que se había pagado la indemnización de guerra de cien millones se negociaron casi por nada, y las utilidades de la alianza se habían hecho poco menos que

nulas para Francia. Por esto había cierto enojo entre ambas naciones. El Directorio argüía al gobierno holandés con la falta de sus promesas, éste al Directorio con que le reducía á la imposibilidad de guardarlas; pero á pesar de estas desavenencias, ambas potencias caminaban á un mismo objeto, y se disponía una escuadra y un ejército de embarco en Holanda para coadyuvar á los intentos del Directorio.

Con respecto á Prusia, á gran parte de Alemania, á Dinamarca, Suecia y Suiza, continuaba Francia con estos Estados en relaciones de estricta neutralidad. Entre América y Francia se habían suscitado algunas quejas. Los Estados Unidos se portaban con nosotros tan ingrata como injustamente. El anciano Washington se había dejado llevar hacia el partido de John-Adams y los ingleses, que querían volver á América al sistema aristocrático y monárquico, para lo cual tomaban por pretexto las tropelías de algunos corsarios y la conducta de los agentes del comité de salvación pública, pretexto muy infundado, porque mucho más graves eran las ofensas de los ingleses á la marina americana, mientras que la conducta de los agentes tenía alguna excusa con lo crítico de aquellos tiempos. Los partidarios ingleses circulaban la voz de que Francia trataba de que España le cediera las Floridas y la Luisiana; que por medio de estas provincias y del Canadá cercaría á los Estados Unidos sembrando allí los principios democráticos, y sucesivamente daría libertad á todos los Estados de la Unión, disolviendo casi la confederación americana, y formando una inmensa democracia entre el golfo mejicano y los cinco lagos. Esto no era así, pero semejantes patrañas servían para acalorar los ánimos y granjear enemigos á Francia. Los americanos acababan de concluir un tratado de comercio con Inglaterra, que comprendía estipulaciones por las que esta potencia adquiriría ventajas, reservadas en otro tiempo únicamente á Francia por los servicios que había hecho á la causa americana. El parecer de un rompimiento con los Estados Unidos tenía muchos partidarios en el gobierno francés; y Monroe, que era embajador en París, daba en este concepto los más prudentes consejos al Directorio. La guerra con Francia, decía, obligará al gobierno americano á buscar la protección de Inglaterra y se entregará á su influencia; y entonces, dominando la aristocracia á los Estados Unidos, quedará comprometida su libertad; pero sufriendo, por el contrario, con resignación las desatenciones del presidente actual, se le dejará sin disculpa, y enterándose á los americanos, se decidirá un nombramiento opuesto en la próxima elección, reparándose entonces todos los perjuicios de que se queja Francia. Este dictamen cuerdo y previsor prevaleció en el Directorio. Rewbell, Barras y Larevelliere le hicieron triunfar contra la opinión del sistemático Carnot, que aunque comunemente inclinado á la paz, deseaba que se adquiriese la Luisiana y que se intentase establecer en ella una república.

Tales eran las relaciones de Francia con las poten-

cias aliadas ó simplemente amigas. Inglaterra y Austria habían hecho el año anterior un tratado de triple alianza con Rusia; pero acababa de morir la célebre y traidora Catalina. Pablo I, príncipe de poco criterio y que sólo tenía algunos momentos lúcidos, como sucede á menudo en su familia, había dispensado muchas consideraciones á los emigrados franceses, apresurándose, sin embargo, muy poco en el cumplimiento de las condiciones del tratado de triple alianza. Este príncipe parecía asombrado del poderío colosal de la revolución francesa, y hubiérase dicho que comprendía el peligro de hacerla más temible combatiéndola, ó cuando menos se pudo creer así por sus palabras á un francés muy conocido por sus luces y su talento. Sin romper el tratado, había hecho valer el estado de sus ejércitos y de su tesoro, aconsejando á Inglaterra y á Austria la vía de las negociaciones. La primera de estas potencias intentó decidir al rey de Prusia á tomar parte en la coalición, mas no pudo conseguirlo, porque este príncipe comprendió que no tenía interés alguno en prestar ayuda á su más poderoso enemigo, el emperador. Francia le prometía una indemnización en Alemania para el estatúder, que se había unido con su hermana, y por lo tanto, nada tenía que desear para sí mismo. Sólo quería impedir que el Austria, batida y despojada por Francia, se indemnizase de sus pérdidas en Alemania; y hasta hubiera deseado oponerse á que recibiera indemnizaciones en Italia. Por eso había declarado que jamás consentiría en que se cediera la Baviera al Austria á cambio de los Países Bajos, y al mismo tiempo hacía proponer su alianza á la república de Venecia, ofreciendo protegerla en el caso de que Francia y Austria quisieran acomodarse á sus expensas.

Como Rusia no intervenía en la guerra aún y Prusia persistía en la neutralidad, sólo Inglaterra y Austria quedaban en juego. La situación de la primera era muy triste. No tenía por el momento más que la expedición á Irlanda; pero su Banco estaba más comprometido que nunca; no contaba ya con el Austria, á la cual veía sin aliento, y esperaba que Francia, después de vencer al continente, la agobiaria con sus fuerzas reunidas. Austria, á pesar de la ocupación de Kehl y de Huninga, comprendía que se había perdido obstinándose contra dos cabezas de puente, en vez de llevar todas sus fuerzas á Italia. Los desastres de Rívoli y de la Favorita y la toma de Mantua la ponían en grave peligro; veíase obligada á desguarnecer el Rhin y reducirse en esta frontera á una evidente inferioridad para llevar sus fuerzas y su príncipe Carlos por la parte de Italia. Sin embargo, en el tiempo que sus tropas tardaran en recorrer el trayecto desde el Alto Rhin al Piava y al Isonzo, quedaba expuesta sin defensa á los golpes de un adversario que sabía aprovecharse admirablemente de las ventajas del tiempo.

Todos sus temores eran fundados: Francia le preparaba en efecto golpes terribles, que no tardó en recibir á consecuencia de la campaña cuya inauguración vamos á ver.